

A un Siglo de “El Análisis de la Mente” (1921) de Bertrand Russell

One Century from “The Analysis of Mind” (1921) by Bertrand Russell

García José E.*

Resumen

En 1921 fue publicado *El análisis de la mente* del filósofo inglés Bertrand Russell, obra concebida a pocos años de que John B. Watson definiera a la nueva orientación conocida como *conductismo*. En el libro, Russell emprendía una discusión sobre algunos de los conceptos centrales propuestos por Watson, poniéndolos en relación con otros tópicos de interés dentro de su propia aproximación filosófica y psicológica, como el problema de la conciencia y la teoría de los deseos. La obra de Russell significó un respaldo importante para el conductismo emergente. A un siglo de su publicación, este artículo evalúa su importancia general en la historia de la psicología y el conductismo. Igualmente, se analiza la manera en que Russell conceptualizó los aspectos principales

de la teoría conductual. El artículo posee un carácter teórico y de revisión, sustentado en una utilización pertinente de las fuentes primarias atinentes al tema.

Palabras clave: Bertrand Russell; John B. Watson; El análisis de la mente; Conductismo.

Abstract

In 1921 *The analysis of mind* of the English philosopher Bertrand Russell was published, a volume that was conceived a few years after John B. Watson defined the new orientation known as *behaviorism*. In the book, Russell undertook a discussion of some of the central concepts proposed by Watson, putting them in relation to other topics of interest within his own philosophical and psychological approach, such as the problem of consciousness and the theory of desires.

*Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción, Asunción, Paraguay. Mail de contacto: joseemiliogarcia@hotmail.com

DOI: <https://doi.org/10.46553/RPSI.18.36.2022.p60-82>

Fecha de recepción: 25 de julio de 2022 - Fecha de Aceptación: 3 de octubre de 2022

Russell's work provided important support for emerging behaviorism. A century after its publication, this article assesses its general importance both in the history of psychology and behaviorism. Likewise, the way in which Russell conceptualized the main aspects of behavioral theory is analyzed. The article has a theoretical and review character, based on a pertinent use of the primary sources related to the subject.

Key words: Bertrand Russell; John B. Watson; The analysis of mind; Behaviorism.

Introducción

Muy pocos exponentes de la filosofía en el siglo XX alcanzaron la amplitud y versatilidad conceptual, igual que una extraordinaria capacidad para enfrentarse a problemas complejos surgidos en variados ámbitos del pensamiento, como el filósofo inglés Bertrand Russell (1872-1970). La vida de este gran pensador, que falleció a los 98 años, estuvo dedicada por entero al estudio de la filosofía, las matemáticas, las humanidades y la ciencia, y en este sentido, su influencia intelectual ha resultado considerable. Pero sus opiniones también han alcanzado repercusiones profundas en asuntos tan variados como las cuestiones morales, éticas y políticas, la militancia pacifista, y otros ámbitos de la vida. Russell se hizo popular a la vez que controversial debido a las ideas que mantuvo sobre la sexualidad, la necesidad del voto femenino, el derecho de los homosexuales a manifestar libremente sus inclinaciones, la naturaleza de la felicidad, y sobre muchos otros asuntos de profundo interés humano (Jara, 2014). Esta clase de cuestiones, sujetas a principios y preconceitos muy arraigados, a menudo constituyeron fuentes de ásperas

disputas, a las cuales contribuyeron, en no escasa medida, el estar por completo alejadas de los tecnicismos que usualmente caracterizan a las discusiones filosóficas.

Un aspecto que se menciona con frecuencia como característica inherente al pensamiento de Russell es su decidida posición en favor de la paz, que fue una constante a lo largo de su vida y ha sido descrito por Laca-Arocena (2011) como un *pacifismo político relativo*, porque las posiciones de Russell respecto a la guerra experimentaron sutiles variaciones según el momento en que ocurrían y lo que fuese que se hallaba en riesgo en cada circunstancia específica. Y en lo que aparenta ser una contradicción en los términos, o al menos una puntual relativización de este posicionamiento, se inscribe la atribución que se ha hecho a Russell, con fundamento o sin él, sobre su propuesta de impulsar una guerra preventiva contra la Unión Soviética, que buscara causarle un daño suficientemente grande como para impedirle tomar una iniciativa bélica contra Occidente, en el difícil, tumultuoso e impredecible período de la posguerra que se vivió entre 1945 y 1948 (Perkins, 2002). En ese contexto temporal, preocupaba sobremanera el evitar una dantesca conflagración nuclear futura que condujese a la aniquilación total de la especie humana.

Como inteligencia vigilante de los grandes problemas de su época y comprometido con una visión racional para avanzar en su solución, la productividad de Russell fue densa, medulosa, extensa y proverbial. A su muerte, dejó una cantidad enorme de artículos, libros, cartas y otros escritos menores, que impresionan por su volumen. Esa condición inclinó a biógrafos como Monk (1996) a calcular que Russell difícilmente haya estado, en toda su larga vida,

más de un día sin escribir al menos unas tres mil palabras, como mínimo. Quienes se han interesado en comprender los orígenes vitales para esta extraordinaria fertilidad creativa mencionan la confesión hecha por Russell de que él se encontró cercano al suicidio hacia los dieciséis años, pero que no llegó a concretarlo debido a su deseo de aprender más matemáticas. Sin embargo, y pese a que fue inequívocamente explícito respecto a este asunto, Brink (1985) consideró que muchos investigadores tienden a pasar por alto hasta qué punto una teoría de la *reparación de pérdidas* resulta esencial para comprender el particular genio de Russell.

Lo concreto es que el prolífico autor inició su carrera en 1893, época de la publicación de su primer artículo académico (Russell, 1895), que consistió en una revisión del libro *Las leyes y elementos del pensamiento científico* del filósofo y psicólogo holandés Gerardus Heymans (1857-1930; Heymans, 1890), quien también se hizo conocido en el ámbito de la psicología por la elaboración de una compleja teoría de la personalidad, de muy extendida aplicación. La fama de Heymans se debe sobre todo a su trabajo pionero como investigador empírico (Doddema-Winsemius & De Raad, 1993). El mencionado enfoque obtuvo gran popularidad y sirvió de base al trabajo de autores posteriores que ampliaron y refinaron sus conceptos, principalmente el psicólogo francés René Le Senne (1882-1954), cuya teoría, desarrollada años más tarde, está fundamentada en sus principios básicos (Le Senne, 1963). Pocos años después, Russell publicó su primer libro, un ensayo titulado *Democracia social alemana* (Russell, 1896), que fue concebido desde la perspectiva política que fijaba el liberalismo ortodoxo, un

punto de vista del cual, sin embargo, habría de apartarse en etapas posteriores de su vida. En el plano más puramente filosófico y teórico, dio a conocer en 1900 un extenso y detallado estudio concerniente a los presupuestos de la filosofía del pensador alemán Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716; Russell, 1900). Alternando entre temáticas diversas, la tarea de Russell como escritor se extendió por setenta y cinco años, hasta la época de publicación de su último libro, *El arte de filosofar y otros ensayos* (Russell, 1968), que produjo a la avanzada edad de noventa y seis años, aunque gozando de la más plena lucidez intelectual.

El pensamiento de Russell fructificó numerosos y diversos campos y además planteó problemas diversos con originalidad y pertinencia. Abarcó cuestiones que iban desde la lógica y las matemáticas, la política y el reformismo social, hasta los asuntos cotidianos de mayor importancia para el ciudadano moderno. Aunque menos conocida y publicitada, otra de sus áreas de interés fue la psicología. Y aunque Russell no fue un exponente directo de esta ciencia, su influencia en ella fue absolutamente remarcable. En especial, sus concepciones psicológicas sedimentadas en los principios básicos que sostienen el conductismo son muy significativos, y por ello, requieren una atención detenida. Su principal obra en este campo fue publicada en 1921 y se tituló *El análisis de la mente* (Russell, 1921), constituyendo uno de sus tres escritos mayores concernidos con la naturaleza de lo mental (Brown, 1946). La afinidad y cercanía conceptual del libro con los presupuestos del conductismo de los inicios resulta muy marcada. Precisamente, en el 2021, se cumplió la primera centuria de su puesta en circulación, lo cual vuelve muy

indicada la ocasión para ensayar un análisis sobre su contenido, sentido e influencia. Sin importar que el interés de Russell en esta escuela psicológica en particular no haya resultado permanente y se redujera a sólo una parte limitada de su carrera, que llevó a Kitchener (2004) a describirla como un *flirteo*, es innegable que su vigencia es merecedora de algo más que una simple atención casual. Con todo, Russell no es aludido con frecuencia en los libros de historia de la psicología que se hallan en uso. En muchos de los casos en que su nombre es recordado en dichos textos, la mención se asocia tanto a ideas convergentes desde diversos contextos y publicaciones, como a sus conceptos filosóficos, que muchas veces sirvieron como fundamentación para la psicología. Veamos algunos ejemplos.

Para comenzar, Schultz & Schultz (2011) aluden a Russell de una manera limitada y casi anecdótica en relación con el trabajo del psicólogo alemán Hugo Münsterberg (1863-1916), quien era un conocido suyo, en tanto Greenwood (2009), que menciona al autor inglés cuatro veces en su libro, lo recuerda sobre todo en su perfil de filósofo, lo mismo que Robinson (1995), quien evoca muchas ideas del Russell filósofo, en especial sus apreciaciones sobre Platón vertidas en la famosa *Historia de la filosofía occidental* (Russell, 1947), en casi exacta coincidencia con Paranjpe (2006), quien, en su discusión sobre la psicología en la India, hace referencia a ciertas opiniones de Russell que resultaban contrarias al misticismo. En la obra editada por Leary (1990a), aparece el nombre de Russell varias veces. Por ejemplo, Leary (1990b) lo menciona cuando discute la metafóricidad de las matemáticas con relación a las metáforas en la historia de la psicología, mientras que en la discusión que llevan a cabo en su propio

capítulo del mismo libro, Hoffman et al. (1990) mencionan el concepto de *percepción inmediata* desarrollado por Russell (1948), diferenciándolo de la *percepción directa*. Gergen (1990) recoge la idea de Russell respecto al sentido del lenguaje utilizado en la ciencia, explicando que cada término que se utiliza dentro de una red teórica debe estar en directa correspondencia con detalles que provienen del mundo real.

En otro capítulo del libro de Leary (1990a) se encuentra una indicación de Smith (1990), más directa y de mayor proximidad conceptual al tema que vamos a tratar en este artículo, respecto a su afinidad con las ideas de John B. Watson (1878-1958), el iniciador histórico del conductismo norteamericano. El contexto para esta mención se da respecto a la identificación del pensamiento con el habla encubierta y el habla con reflejos que había realizado el psicólogo norteamericano. La idea obtuvo la adhesión de Russell, al menos en los tiempos previos a que se confirmara que esta explicación carecía del necesario sustento experimental. Pickren & Rutherford (2010), por su parte, mencionan las influencias intelectuales del trabajo de Russell en autores tan marcadamente distintos como B. F. Skinner (1904-1990) y Herbert Simon (1916-2001). Leahey (2013), en la misma línea que trasuntan Tortosa & Civera (2006) también refiere la lectura de una revisión que hizo Russell sobre un libro de Watson, y que Skinner había consultado en las etapas iniciales de su carrera. Hothersall (1997) incluso asegura que Russell habría sido el filósofo favorito de Skinner, y también discute la conexión del filósofo inglés con figuras históricamente emblemáticas para la psicología como Rene Descartes (1596-1650), George Berkeley (1685-1753) y William James (1842-1910). Algunos libros

más “clásicos” en la literatura histórica de la psicología, como las *Siete Psicologías* de Edna Heidbreder (1890-1985), mencionan las preferencias de Russell por el conductismo y por la descripción objetiva de los fenómenos psicológicos (Heidbreder, 1933), mientras que Gardner Murphy (1895-1979) sólo hace una referencia bibliográfica puntual a la *Historia de la filosofía occidental* (1947) de Russell, apoyándose en ella como un texto secundario (Murphy, 1949). A su vez, la obra de Benjamin, Jr. (2006) provee una muy buena documentación sobre el intercambio epistolar que existió entre Russell y Watson.

Pese a estos antecedentes concretos, la orientación psicológica de Bertrand Russell en referencia al conductismo norteamericano ha sido abordada de una manera esporádica, pero un estudio específico de *El análisis de la mente* aún se encuentra pendiente de realización. Basados en estas consideraciones, el objetivo principal de este artículo es analizar las conexiones del pensamiento de Russell con el conductismo original de Watson y las interdependencias conceptuales mutuas que pueden identificarse entre ambos, tal como se descubren en *El análisis de la mente*. La estrategia metodológica es una discusión basada en las fuentes publicadas sobre el problema, tanto las primarias como las secundarias, en un esfuerzo por ubicar las ideas en el debido contexto histórico que les compete. En las páginas que siguen, avanzaremos en la búsqueda comprensiva de estos elementos, hasta situar a Russell, y especialmente a su obra de 1921, en el sitio que le corresponden en la historia del pensamiento. Comenzaremos con una breve revisión de las premisas originales que sustentan el enfoque conductual, y cuál ha sido el camino recorrido por las mismas hasta 1921.

El Surgimiento Histórico del Conductismo

En las décadas de 1880, 1890 y 1900, la psicología se encontraba atravesando uno de sus períodos históricos más fructíferos y significativos. Los primeros psicólogos profesionales se hallaban frente a un escenario muy dinámico que configuró el panorama de lo que sería la psicología moderna en las décadas inmediatamente siguientes. Los avances e iniciativas de teorización generadas en ese tiempo habrían de lograr una fuerte influencia para determinar cuáles serían, a futuro, las líneas conceptuales reconocibles como parte del repertorio teórico de la psicología. A lo largo de estas tres décadas, una serie de orientaciones filosóficas de muy disímiles presupuestos y contenidos, sumadas al surgimiento de programas de investigación nuevos y la generación de expectativas sociales diversas y crecientes, que constituyeron reacciones colectivas a los alcances vislumbrados para el conocimiento del funcionamiento mental, dieron lugar a la creación de una novel ciencia. Se perfilaba entonces la nueva imagen de la psicología, que habría de someter algunos añejos problemas filosóficos a la óptica objetiva y verificable de la ciencia. Pese a la importancia que se ha concedido a Wilhelm Wundt (1832-1920) y en especial a la actividad desplegada en el laboratorio de Leipzig como la marca de fuego para demarcar el origen temporal de la psicología científica, la naciente disciplina, en realidad, comenzaba a emerger en varios espacios nacionales y en marcos académicos diversos. Todos ellos recogían y reflejaban esa considerable pluralidad de influencias. Este panorama lleva a pensar que una explicación fundamentada en la existencia de unos orígenes múltiples de la psicología, concebida como

una realidad emergente y situada en variados contextos nacionales y científicos, y sumida en un proceso de desarrollo como producto de orientaciones filosóficas divergentes, puede conducir a una representación más realista al momento de estimar cómo fueron los reales comienzos de la psicología científica en el mundo (García, 2018).

Precisamente, las orientaciones predominantes no siempre se mostraron compatibles o conmensurables entre sí. En ocasiones, incluso, sus radicales diferencias las hicieron asemejarse más a proyectos de ciencias distintas que a perspectivas que pudieran visualizarse como complementarias y que surgían dentro de una misma disciplina, la cual, además, tuvo desde sus inicios la aspiración de ser unitaria. El proceso que condujo al surgimiento del conductismo, no obstante, encuentra antecedentes muy concretos en el trabajo de algunos investigadores anteriores a Watson y en el desarrollo de ciertas líneas de indagación específicas. Al igual que en muchas vertientes psicológicas, la teoría de la evolución de Charles Darwin (1809-1882), entre otras, jugó un papel relevante en el origen conceptual del conductismo. Aunque Watson no haya incorporado en forma muy vertebral a las ideas de la selección natural y la adaptación del organismo biológico al medio ambiente como un recurso explicativo primario de su construcción teórica, a la manera en que lo hacen, por ejemplo, las formulaciones de la actual psicología evolucionista (Buss, 2016), la incidencia de los puntos de vista darwinianos en el esqueleto teórico del conductismo se reconoce muy bien y además se refleja en los intereses de investigación que identificaron al fundador de la escuela en los inicios mismos de su carrera.

Durante ese período, por ejemplo, Watson se dedicó a la investigación del comportamiento de las aves marinas que anidaban en los inaccesibles roqueríos de los acantilados (Boakes, 1989). Para ello, empleó una metodología que presenta muchas semejanzas con las técnicas de observación naturalista que habitualmente son las herramientas de investigación empleadas en la etología (Lehner, 1996). Mayor Martínez & Tortosa Gil (2008) destacaron esta vinculación con el comportamiento animal y la orientación etológica en referencia al trabajo científico del “primer Watson”, al tiempo de subrayar que esta fase particular de su producción es con frecuencia desconocida o ignorada y se contrapone a cierta *imagen ceremonial*, que coloca el énfasis mayor en la etapa que coincide con el *manifiesto conductista* de 1913 (ver también Todd & Morris, 1986). De acuerdo al criterio de Tortosa et al. (1991), esta visión destaca el lugar de Watson en la historia de la psicología como el de un investigador que provenía del ámbito de la psicología animal y se manifestaba muy opuesto al mentalismo y el introspeccionismo, que resultaban predominantes en la psicología de su tiempo. Incluso para investigadores que procedían de otras orientaciones, como por ejemplo James R. Angell (1869-1949), a quien se identifica como uno de los exponentes centrales dentro de las filas del funcionalismo norteamericano, la incorporación del término *comportamiento* al vocabulario de la psicología había dejado fuera de circulación al vetusto concepto del *alma*, e incluso determinaba que había llegado el momento de alejarse de otros de más reciente factura, pero de similar tenor, como el muy ubicuo de la *conciencia*, que había ganado una potente significación en la psicología experimental (Angell, 1913). Watson sugirió

la adopción del comportamiento como el nuevo objeto de estudio para la psicología, y a la observación natural o controlada como su metodología. Posteriormente volveremos a mencionar y comentar algunos de estos puntos y evaluaremos su verdadero sentido explicativo para este particular contexto temporal e histórico.

La psicología comparada puede verse como otra de las vías de conexión entre el trabajo de Watson y la orientación evolucionista. Muchas de las publicaciones que realizó en su etapa investigadora inicial estuvieron muy vinculadas a esta área, igual que el énfasis demostrado en algunas de las revistas académicas que dirigió, por ejemplo, los *Behavior Monographs*, de los que fue editor cuando ejercía como profesor en The Johns Hopkins University. En esta publicación serial, él mismo difundió artículos muy relevantes, algunos en coautoría con su colega Robert Yerkes (1876-1956; Yerkes & Watson, 1911), cuya relación personal con Watson es bien conocida. También lo es la estrecha colaboración profesional entre ambos, que tuvo vigencia continuada a lo largo de más de una década. Al despuntar el siglo XX, la psicología comparada estaba poco desarrollada en los Estados Unidos. Yerkes fue uno de los psicólogos que se esforzó por implantarla en los medios académicos, particularmente en la División de Filosofía de la Universidad de Harvard. Su trabajo partió desde una perspectiva que combinaba la biología y la psicología. Es por eso que Yerkes prefirió denominarse a sí mismo *psicobiólogo*, más que psicólogo (Wight & Smith, 1998), en parte por las confusiones que había entre el concepto de *psicología comparada* y el de *psicología animal* (Dewsbury, 1992). Como prueba de la amplitud de sus investigaciones,

estudió medusas, lombrices de tierra, ratones bailarines y primates (Dewsbury, 1978).

Asimismo, Yerkes concentra sobre sí otros aspectos de relevancia en sus conexiones personales con el inicio del conductismo. De especial importancia resulta la correspondencia privada que mantuvo con el fisiólogo ruso Iván P. Pavlov (1849-1936) durante algunos años, y que se habría iniciado el 20 de noviembre de 1908, en ocasión de una solicitud de separatas que Yerkes hizo a Pavlov respecto a los trabajos desarrollados en su laboratorio (Wight, 1993). Estos intercambios epistolares, que se realizaban en alemán, alcanzaron inusitada profusión en los años siguientes. Es muy probable que los detalles comentados por Pavlov a Yerkes sobre la actividad que tenía lugar en su laboratorio fueran el canal principal a través del cual llegó a conocimiento de Watson la información sobre los hallazgos del gran fisiólogo ruso en referencia a los reflejos condicionados. Yerkes, a su vez, supo inicialmente del trabajo de Pavlov a través de la amistad que mantuvo con el fisiólogo Walter Cannon (1871-1945), que se extendió por tres décadas, abarcando incluso a los núcleos familiares de ambos. Cannon se había incorporado al Departamento de Fisiología de la Universidad de Harvard en 1899, que también era el centro académico donde trabajaba Yerkes, y se dedicó a la enseñanza en esa universidad aún antes de graduarse. Wight (1993) indica que Cannon, cuya especialidad era la investigación sobre la digestión, ya conocía los trabajos de Pavlov en una época tan temprana como la década de 1890, mucho antes de que sus libros fueran traducidos a la lengua inglesa. Hay que remarcar que, en ese momento, y pese a las demoras en las traducciones a partir de una lengua tan poco conocida como el ruso, Pavlov

igual era reconocido como el fisiólogo en vida más grande del mundo (Smith, 2000). Ambos, Cannon y Pavlov, compartieron un singular vínculo de amistad. De acuerdo con Buzzi (2013), el hecho de que Cannon aceptara la presidencia de la Sociedad Médica Soviético Estadounidense, cuando fue creada, puede vislumbrarse como una prueba fehaciente de esa relación amigable que existía entre los dos.

La afortunada circunstancia de tener a un académico amigo como Yerkes que, adicionalmente, también conocía de cerca su propio trabajo, le permitió a Watson acceder a las iniciativas científicas de Pavlov de primera mano. Al mismo tiempo, le posibilitó el manejo conceptual sobre los pormenores de las bases teóricas y experimentales que sustentaban la teoría de los reflejos. La consecuencia fue la adopción del condicionamiento clásico como el mecanismo básico que explicaba el cambio del comportamiento. En este aspecto específico, Watson no engendró ideas muy originales, ni fue un investigador que desplegara un proyecto cuyo resultado final estuviese encaminado al descubrimiento y formulación de nuevas leyes del aprendizaje. Su adopción de los principios del condicionamiento se produjo de manera muy oportuna y no requirió demasiada adaptación metodológica ni conceptual. Watson creía que el aprendizaje era casi absolutamente responsable para todo lo que significara el desarrollo del comportamiento (Horowitz, 1992). Por eso, la adopción del condicionamiento clásico como la norma elemental para explicar la ocurrencia del aprendizaje resultó bastante útil y funcional a sus objetivos. En este punto también es destacable la importancia de Yerkes, quien, de hecho, realizó la primera publicación en lengua inglesa, junto a su colaborador Sergius Morgulis (1885-1971). El

contenido del artículo se ocupó de la difusión de los principios del condicionamiento de Pavlov y el trabajo fue finalmente publicado en 1909. Ese escrito precedió en casi dos décadas la traducción al inglés del primer libro de Pavlov (1928) sobre el condicionamiento. En el artículo se definió el método empleado en su investigación como “...el estudio cuantitativo de aquéllas modificaciones del reflejo salival que están condicionados por procesos receptivos y elaborativos complejos (reacciones psíquicas) en el sistema nervioso central” (Yerkes & Morgulis, 1909, pp. 257). Watson también publicó un artículo en el *Psychological Review* (Watson, 1916a) que trataba sobre los reflejos condicionados. Allí dejaba clara su convicción de que el método del condicionamiento debía ser el sustituto de la vieja introspección.

La convergencia de las ideas de Watson con la psicología comparada no se limita a la mencionada precedencia temporal, que se comprueba en los trabajos citados. Otros autores, comenzando con el británico Conwy Lloyd Morgan (1852-1936), conformaron eslabones de importancia en la cadena que condujo al advenimiento de la psicología comportamental. Morgan escribió varios libros, entre ellos, una *Introducción a la Psicología Comparada* (Morgan, 1894), de la cual se desprendió el emblemático y muy citado “Canon de Lloyd Morgan”. Este principio resultó cardinal para la psicología, que, a la vez, buscaba su reconocimiento como experimental y científica. Establecía que, en ningún caso, deberíamos interpretar una acción como producto del ejercicio de una facultad psíquica superior si es que la misma podía vislumbrarse como resultado de una facultad ubicada en un punto más bajo de la escala psicológica (Morgan, 1894). La célebre

admonición de Morgan fue interpretada como un intento por alentar una aplicación metodológica estricta que se apoyara en la parsimonia y la simplicidad, cuando fuese menester, al estudio del comportamiento animal. Sin embargo, Morgan parece haber tenido intenciones diferentes al estipular su principio, y lo que llegó a creerse por regla general, se habría tratado de una interpretación errónea de los objetivos originales. Según opina Thomas (1998), Morgan sólo estaba recomendando el uso de una jerarquía implícita de procesos psicológicos que habían evolucionado de acuerdo con la teoría de la selección natural de Darwin. No obstante, el “canon” fue utilizado para eliminar gradualmente los conceptos de corte mentalista que abundaban en el lenguaje de la psicología, entonces igual que ahora, hasta centrarla únicamente en la observación de las manifestaciones comportamentales y en la apelación hacia procesos más simples como la acción refleja o el aprendizaje por ensayo y error. Morgan también interpuso algunos reparos al uso indiscriminado de conceptos mentalistas y el recurso al antropomorfismo como regla para la explicación del comportamiento animal.

Pero es indudable que todo esto afectó y alteró bastante el curso futuro que habría de seguir la psicología comparada, al menos en lo relativo al lenguaje que utilizaba en sus comienzos. A su vez, el canon marcó una presencia determinante en los textos de las décadas siguientes, como se percibe en el conocido libro *La mente animal* de Margaret Floyd Washburn (1871-1939), donde ella, con una claridad indubitable, se hace eco del “canon”, recomendando que “...donde haya dudas, se debe tomar la explicación más simple” (Washburn, 1917, pp. 25). Obras como

La conducta de los organismos inferiores del psicólogo comparativo Herbert Spencer Jennings (1868-1947; Jennings, 1906), dejaron traslucir influencias similares de los preceptos de Morgan. Tampoco puede dejar de mencionarse al biólogo alemán Jacques Loeb (1859-1924), cuyo importante trabajo sobre los tropismos y las taxias, que realizó en la Universidad de Chicago (Loeb, 1900, 1912), marcó un norte muy fuerte en el estudio objetivo de la biología del comportamiento. Precisamente, en el Bryn Mawr College de esa universidad, Loeb había conocido al joven e impresionable Watson, y ejerció un duradero influjo sobre él (Hackenberg, 1995).

Greenspan & Baars (2005) sostienen que Loeb, junto a Pavlov, fue uno de los gestores centrales para la marcada extensión de un programa reduccionista en la biología de comienzos del siglo XX, que sometió el problema de la conciencia al de los reflejos simples y las asociaciones. No obstante, y sin que este contexto de pensamiento dejara de influirlo por completo, los intereses de Watson se desplazaron cada vez más hacia los problemas que conciernen al comportamiento humano. Todo esto, de alguna manera, fue apartándolo del ámbito propio de la psicología comparada (Dewsbury, 1984). Si bien sus ideas habitualmente se interpretan como una evolución conceptual, realizada de forma muy gradual, a partir de un inicio primario que se dio en el campo frecuentado por los psicólogos comparativos, lo cierto es que, a mediados de la década de 1920, Watson promovió una forma de conductismo que descartaba cualquier apelativo a las cualidades mentales, espirituales o abstractas, a las que sindicaba como indignas de un estudio serio por parte de la psicología (Mills, 1998). Esta es la razón por la que autores como Demarest

(1987) entendieron que no todos los aspectos del conductismo resultaron positivos para la psicología comparada en cuanto disciplina, al menos en la dirección en que lo venía haciendo en las décadas previas. Desde este punto de vista, la influencia muy determinante que jugó el conductismo terminó vaciando a la psicología comparada tradicional de muchos de los conceptos centrales y más reconocidos que la habían identificado previamente, como el del *instinto*, por ejemplo, y de varios de sus problemas de investigación más importantes y característicos.

Desde luego, los efectos colaterales no se sintieron sólo en el ámbito del comportamiento animal. El precio pagado por la adhesión estricta a los preceptos watsonianos fue demasiado alto, en opinión de Campos Roldán (2005), quien remarca la enorme dificultad que se interpuso durante la hegemonía histórica del conductismo para el estudio de temas como el lenguaje, la planificación humana, la resolución de problemas, la imaginación, y otros similares. No obstante, autores como Dewsbury (2013) se muestran más benevolentes al indicar que el impacto del conductismo varió sustancialmente a través de diferentes fases en el desarrollo de la psicología comparada, y que el papel principal de Watson fue integrar ideas variadas para formar un paquete bastante coherente de conceptos que logró alcanzar a un público más amplio. Ribes (1995) también es del parecer que Watson no eliminó de la psicología a los procesos y fenómenos relacionados con la conducta exclusivamente humana, como se afirma comúnmente, sino que, por el contrario, demostró un interés en el estudio de la conducta compleja, que era concebida por entonces en la forma de un cúmulo de fenómenos mentales.

Pero si de buscar las líneas teóricas de mayor relevancia para el surgimiento histórico del conductismo se trata, no puede dejar de mencionarse a la orientación reflexológica rusa, cuyos principales representantes fueron Iván Sechenov (1829-1905), Iván P. Pavlov y Vladimir Bechterev (1857-1927). En el caso de Pavlov, el estereotipo habitual lo caracteriza como alguien de neta inclinación objetivista, contrario a admitir los procesos de la conciencia y deseoso de zafar al trabajo científico de la presencia de estos conceptos. Sin embargo, de acuerdo a uno de sus más renombrados biógrafos (Todes, 2014), Pavlov jamás negó la existencia e incluso la importancia de un mundo interior y subjetivo. Lo que estaba buscando era establecer la investigación fisiológica sobre bases objetivas y reproducibles. Pavlov (1973) utilizaba la denominación de *actividad nerviosa superior* para caracterizar su objeto de estudio porque pensaba que la indagación sobre los reflejos era como una ventana para comprender mejor el cerebro (Boakes, 1989). Este es también el motivo por el que desdeñó el uso del concepto de psicología, pues la asociaba con el mentalismo de autores como Wundt, que era muy prominente en su época. Y es precisamente esa orientación objetiva la que permitió a Pavlov el descubrimiento posterior de los reflejos condicionados, que tuvieron una incorporación decisiva como herramienta explicativa del aprendizaje cuando surgió el conductismo de Watson, como indicáramos previamente.

Con relación a la obra de Bechterev, quien también se interesó vivamente en el estudio de los reflejos, así como en una gran cantidad de otros problemas científicos, cabe señalar que también una relación de precedencia con el conductismo. Bechterev

estudió con algunas de las mayores luminarias de la psicología de la época, como Wundt en Leipzig, el fisiólogo Du Bois-Reymond en Berlín y el neurólogo Jean-Martin Charcot en París (Hergenhahn & Henley, 2013) y además fundó el primer laboratorio de psicología en Rusia en 1885 (Sirotkina, 2007). Fue un autor de muy extensa producción, con una dedicación compulsiva a escribir (Boakes, 1989). Especialmente importante para nosotros es su libro sobre *La psicología objetiva* (Bechterew, 1913), que resultó muy influyente entre los primeros conductistas norteamericanos (Pérez Acosta et al., 2003). En sus páginas anticipó las ideas que luego habrían de hacerse conocidas con la obra de Watson, demostrando numerosas afinidades, en particular por su cuestionamiento a la conciencia como recurso explicativo y al método de la introspección. Ya desde las primeras líneas del libro es muy notorio ese espíritu, sobre todo cuando dejaba en claro que “...en nuestra investigación, no habrá lugar para los fenómenos subjetivos que generalmente llamamos estados de conciencia” (Bechterew, 1913, pp. 1). Destacaba, además, que en los casos en que pudiera usarse el término *psíquico* no sería para denominar a los fenómenos subjetivos, sino únicamente para denotar a los procesos cerebrales que les sirven de base (Bechterew, 1913).

Esa era la psique “objetiva” que Bechterew se mostraba interesado en explorar. La ciencia encargada de su estudio habría de ser, consecuentemente, la psicología objetiva. Por lo tanto, la investigación que sirviera de guía a su programa debía atenerse al uso de una metodología segura y replicable y que, además, se mostrara acorde con un ideal experimental. Es por esa razón que Bechterew deploró el subjetivismo. Las convergencias y sintonías con el conductismo

son evidentes. En este punto también sería justo mencionar, en el orden de las posibles antecedentes intelectuales, el trabajo de un psicólogo latinoamericano, José Ingenieros (1877-1925), en cuya obra (Ingenieros, 1916) igualmente pueden hallarse algunos puntos de vista que asemejan a los desarrollados años más tarde en la orientación conceptual liderada por Watson. La secuencia de precedencias al conductismo antes de 1913 es bastante más nutrida y abarca un período de tiempo muy dilatado. Marr (2013) menciona, como ejemplos, la idea del organismo-como-máquina de Descartes y La Mettrie, el positivismo de Comte, Hume y Hobbes, el determinismo de Laplace, la desaparición del vitalismo, la medicina experimental de Claude Bernard, la evolución orgánica de Darwin, la reflexología de Sechenov, el estudio de los reflejos condicionados de Pavlov y Bechterew, la “teoría motora de la conciencia” de Münsterberg, la ley del efecto de Thorndike, y algunas más. Pero ahora es tiempo de considerar la presencia de otros actores en la configuración temporal de la perspectiva conductista.

La Conexión de Bertrand Russell con el Conductismo

El conductismo fue producto de la dinámica confluencia entre una serie de factores presentes en la cultura occidental de principios del siglo XX y que se tradujeron en un apoyo muy decidido a la ciencia desde extensos sectores de la población. Especialmente importante fue la convicción, ampliamente compartida, de que un conocimiento confiable y útil proviene exclusivamente de la actividad científica y no puede alcanzarse procediendo en forma separada a ella (Harzem, 2004).

Por eso, la visión comportamental atrajo a personas cuyas elaboraciones intelectuales, aunque desarrolladas independientemente al trabajo de Watson, se hallaban comprometidas con los mismos objetivos. La inserción de *El análisis de la mente* (Russell, 1921) como un eslabón en la historia temprana del conductismo debe asimilarse en el mismo contexto temporal que marcan aquéllas ideas que impulsaron el trabajo de Watson y los primeros exponentes de su orientación. El interés puesto por Russell hacia la perspectiva que introdujo el conductismo, y especialmente en su forma de explicar el comportamiento, se torna aún más relevante si consideramos que, hacia 1913, época de la primera elaboración sistemática en torno a la nueva aproximación y a la que también se conoce como el *manifiesto conductista*, la atención que había logrado el programa watsoniano distaba de ser unánime. En verdad, su influencia recién fue acrecentándose al aproximarse la década de 1920. En este punto, precisamente, los escritos de autores como Russell y el filósofo estadounidense Ralph Barton Perry (1876-1957; Perry, 1921) proveyeron un apoyo general muy importante a la iniciativa de Watson (Hatfield, 2003; Malone, 2014).

En la introducción de su libro, Russell (1921) explicaba que la obra nació de un intento por armonizar dos tendencias intelectuales que él percibía como diferentes o antitéticas: una que había surgido en los dominios conceptuales de la psicología, y la otra, en el campo de la física. Con ambas manifestaba sus simpatías, pese a resultar contradictorias. Del lado de la psicología, sostuvo que algunas tendencias—de las que es un buen ejemplo la escuela conductista—, representaban una concepción esencialmente materialista. Dichas orientaciones, en efecto,

tendían a concebir a la materia como algo, en esencia, de mayor solidez conceptual que la mente. Por otra parte, el trabajo de científicos como Albert Einstein (1879-1955) había comenzado a transformar la física en un campo que se ocupaba de cuestiones cada vez menos materiales e inclinadas fundamentalmente a describir *eventos*, que hacían parecer como algo fuera de lugar un posicionamiento materialista en el ámbito de esa ciencia. Significativamente, Russell manifestó una mayor concordancia intelectual con los lineamientos de William James y los nuevos realistas norteamericanos (Ferraris, 2016), para quienes la realidad no podía considerarse ni mental ni material, sino una combinación de ambas. La relación de Russell con el pragmatismo norteamericano se dio, principalmente, en referencia al viejo problema filosófico de la naturaleza de la verdad (Laguna & Zurita, 2018), que constituyó un elemento de interés central en su pensamiento (Russell, 1910), lo mismo que para James. Consideraba que el gran filósofo norteamericano era tanto el fundador del pragmatismo como del realismo (Russell, 1928). Respecto a *El análisis de la mente*, Russell (1921) explicó que el propósito central era estudiar sistemáticamente ese punto de vista que procedía del nuevo realismo, así como sus implicancias para el estudio de la psicología y de ciertos problemas que le preocupaban a él en particular. En el prefacio, destaca un agradecimiento a Watson y a Dr. Thomas Percy Nunn (1870-1944), un pedagogo y educacionista británico, por la lectura de una versión preliminar del manuscrito.

El libro comenzaba con un análisis de la conciencia, especialmente en lo tocante a la suposición de que todo lo “mental” debe atribuirse a cierto fenómeno muy peculiar

denominado “conciencia” (Kirkpatrick, 1908). Cabía entender a esta última como una relación con los objetos o como una cualidad omnipresente de los fenómenos psíquicos. Aseguraba Russell que pocas cosas se hallan más firmemente arraigadas en la cultura popular, e incluso en ciertas filosofías, que una distinción lisa y simple entre mente y materia. Esta diferenciación se relaciona críticamente al tópico de la conciencia. Clarificando puntos, nuestro autor recuerda las acepciones comunes que se otorgan al uso terminológico de la conciencia en cuanto tal. Las personas asumen que tienen conciencia de los objetos y de los eventos. Lo cierto es que cualquier consideración del problema nos remite de inmediato a un fenómeno anterior, pero inextricablemente vinculado a ella, que es el de la percepción. Pero existe una segunda dimensión, que Russell introduce en la discusión más general de lo mental y es el tener conciencia de eventos como el placer y el dolor. Estas formas o experiencias subjetivas, asumidas en su conjunto, es lo que se denominan “elementos cognitivos” de la mente.

De igual modo, había un factor común entre los elementos que integran las diversas experiencias de conciencia de la mente y es que todos ellos están dirigidos hacia objetos. En el análisis de estas variantes cabe distinguir, por una parte, que la conciencia en sí es una “cosa”, y que los objetos de los que somos conscientes representan otro asunto diferente (Russell, 1921). Es decir que el objeto de nuestra conciencia no requiere ser algo mental, pero la conciencia como tal, lo será siempre. En este punto, Russell evoca a los autores de la línea fenomenológica, especialmente Franz Brentano (1836-1917), filósofo de origen austríaco y autor de una célebre *Psicología*

desde el punto de vista empírico (Brentano, 1874). Russell indicaba que el interés de estos autores se hallaba en comprender la relación de la conciencia con los objetos, un problema que él consideró más propio de la teoría del conocimiento. Para Brentano, la conciencia existe siempre en un estado intencional, es decir, no como una cosa u objeto, sino en un movimiento que se proyecta continuamente hacia las cosas. Es ilustrativo cuanto Russell acotó al respecto: “Como Brentano, estoy interesado en la psicología, no tanto por sí misma, sino por la luz que puede arrojar sobre el problema del conocimiento” (Russell, 1921, pp. 15).

No obstante, Russell consideró que la posición sustentada por Brentano resultaba difícil de sostener ante hechos y evidencias que provienen de sectores tan disímiles como el psicoanálisis o la psicología animal. En alusión a Brentano, Russell sostuvo que no hay enemigo mayor para el estudio de un elemento tan complejo como es el pensamiento que una falsa simplicidad. En su discusión sobre la conciencia, también recuerda los puntos de vista del filósofo norteamericano William James, que en su ensayo *¿Existe la conciencia?* (James, 1904) planteó que la materia prima a partir de la cual se construye el mundo, no corresponde a cuanto pudiera verse como dos categorías excluyentes, por ejemplo, una que pudiera llamarse material y la otra mental, sino que está dispuesta en diferentes patrones que obedecen a sus interrelaciones mutuas. Algunos de los arreglos que proceden de dicha interacción pueden conceptualizarse como mentales, mientras que otros resultan físicos (Russell, 1921). De este modo, James (1904), que confesó su tradicional desconfianza de la conciencia en cuanto “entidad” y que incluso había llegado a negar por algunos años a sus

alumnos la existencia de la misma, suponía, al mismo tiempo, que la dualidad inherente de sujeto y objeto es lo que constituye la realidad de la conciencia. Russell (1921), no obstante, argüía que las entidades sujetas sólo a leyes físicas o sólo a leyes psicológicas, en realidad no tendrían que estimarse como neutrales en principio. Deberían considerarse, más bien, como puramente materiales o puramente mentales. Sin embargo, incluso aquéllas que son puramente mentales no están acompañadas de una referencia intrínseca a los objetos, al modo que suponía Brentano, y que sintetizan la idea de la conciencia en su acepción habitual.

La primera referencia concreta al conductismo se encuentra en la página 24 de *El análisis de la mente*. En ese punto, Russell lo caracterizó como una de las tendencias conceptuales modernas que se mostraba “hostil” a la conciencia. Siempre de acuerdo a su descripción, Watson debía ser considerado el artífice y protagonista principal de la escuela. Pero con anterioridad a las publicaciones centradas en la nueva orientación, él se había desempeñado como profesor de la Universidad Johns Hopkins, a cuyo plantel estuvieron vinculados otros autores importantes como John Dewey (1859-1952) y Ferdinand Canning Scott Schiller (1864-1937), fundadores históricos, con James, del pragmatismo filosófico. Decía Russell (1921) que la opinión usual de los conductistas era que nada puede ser conocido sino mediante el recurso a la observación externa. De este modo, remarcó la frontal oposición que es característica de esta línea psicológica hacia el uso de la introspección como recurso metodológico. En la concepción habitual, la práctica introspectiva radica en la búsqueda interna de conocimientos e

impresiones acerca de nosotros mismos. Se comprende que los elementos analizados de esta manera no podrían, de ninguna manera, ser observados en los demás. Russell también aclaraba que los conductistas no estaban incurriendo en una negación de que ciertos fenómenos de muy diverso tenor pudieran alojarse en nuestras mentes. Lo que realmente especificaba la nueva escuela era que a tales eventos no les cabe la propiedad de hallarse sujetos a una observación objetiva. Por lo tanto, una psicología sedimentada en metodologías que no se ciñan a una observación estricta del comportamiento no debería ser calificada plenamente como *científica*.

Russell se hizo eco de la opinión prevaleciente en el conductismo de que la psicología como ciencia debía preocuparse únicamente por el comportamiento, que para él significaba, esencialmente, “lo que hacemos”. El comportamiento resulta susceptible de ser observado con exactitud, pues consiste en una experiencia abierta y públicamente compartible. Asimismo, el pensamiento se puede desarrollar mientras hacemos la observación de la conducta, pero esta dimensión no está sujeta al conocimiento público de los individuos. No es que el pensamiento no exista en absoluto, sino que evidencias directas acerca del mismo no pudieron ser reportadas. Debido a ello, no es posible constatar de manera inequívoca que se trate de un hecho real. Por muy contrario que esto pueda resultar al sentido común, el comportamiento se puede ver, decía Russell, y el hecho que estemos hablando se podría asumir como una prueba auténtica de que nos hallamos pensando. Pero los conductistas señalaban, contrariamente al punto de vista mayoritario, que la conversación de las personas puede ser explicada sin tener que

asumir el supuesto de que están pensando mientras lo hacen. Russell expresó de forma muy elocuente lo que el abordaje radical del conductismo acerca del pensamiento le sugería en aquél momento: “Donde cabría esperar un capítulo sobre ‘procesos de pensamiento’ te encuentras en cambio con un capítulo sobre ‘El Hábito lingüístico’. Es humillante descubrir cuán terriblemente adecuada resulta ser esta hipótesis” (Russell, 1921, pp. 27).

Con prescindencia de lo “humillante” que resultara la expulsión del vocabulario mentalista de entre los usos habituales en la psicología, no quedaban dudas acerca del giro conceptual que esas ideas traían consigo. Pero también implica una noción clara sobre el tipo de fuente científica de donde recoge sus ideas el conductismo. Aquí hay que recordar la trayectoria inicial de Watson como investigador comparativo, un área que le insumió muchos años de disciplinado trabajo. Este hecho es también remarcado por Russell como un elemento fundamental. El conductismo es un tipo de psicología que no proviene del estudio de la “locura” de los hombres, sino del análisis del comportamiento de otras especies, de la sabiduría de los animales, para decirlo en palabras de Russell (1921). Y ha sido un lugar común en cualquier visión tradicional sobre los animales el asumir que los mismos “piensan”. Con esta suposición se complementa la creencia habitual de que una observación de los mismos debería conducir a una mejor comprensión de nosotros mismos. Pero el estudio sistemático del comportamiento animal terminó forzando el abandono de muchas suposiciones ingenuas. Debido a eso, la investigación sobre los hábitos de otras especies diferentes a la humana condujo paulatinamente al abandono de cualquier alusión a la conciencia. Por

más que en las décadas recientes se haya reinstalado en la psicología el campo de la “cognición animal” (Kaufman et al., 2021; Wynne & Udell, 2013), que toma como su objeto de estudio a los aspectos cognitivos en las distintas especies, es claro que en la época en que escribía Russell se estaba en el proceso de rectificar los excesos cometidos por la falta de rigurosidad que tuvieron muchos autores dedicados al estudio de la mente animal y respecto a los cuales, el llamado Canon de Lloyd Morgan (Morgan, 1894) resultó una admonición de gran importancia histórica.

Lo que Russell encontró destacable es que a los conductistas les pareciera que métodos similares podrían ser aplicables también al comportamiento humano. Este posicionamiento traducía muy bien la negativa a asumir como real a cualquier cosa que no estuviese abierta a la observación externa y pública. Incluyendo, desde luego, al pensamiento. Tal punto de vista condujo a una sustitución de las alusiones corrientes al conocimiento de una persona, o sus procesos de pensamiento, por la referencia más simple y reducida de “hábitos lingüísticos”. Desde luego, la visión del lenguaje en cuanto conducta alcanzó un punto álgido en la década de 1950 con la obra de B. F. Skinner, *Comportamiento verbal* (Skinner, 1957), que marcó un punto de no retorno. Por todo lo cual, la mirada teórica de autores como Brentano quedaba literalmente descartada. Decía Russell en su valoración del pensamiento de Watson que aquello que se denomina “saber”, término con el que se alude comúnmente al fenómeno de que otras personas conozcan algo, se reconoce en el comportamiento físico, lo cual incluye también las palabras habladas y escritas. Entendió Russell que la aseveración habitual de Watson es que no hay razón para suponer

que ese conocimiento se refiera a algo más que los hábitos mostrados a nivel comportamental, suprimiendo así cualquier plano que vaya más allá de lo observado. Por lo tanto, no existían motivos valederos para seguir hablando de la mente o el pensamiento como algo no físico.

Aunque las personas confiaran a su experiencia corriente el valor de una prueba irrefutable sobre la presencia de lo mental, convicción que se refleja en la máxima del *cogito ergo sum* de Descartes, la perspectiva para el conductista es que tal cosa, en verdad, no existe. La introspección de la psicología wundtiana era, por ello, inhabilitada sin más, aunque Russell consideró que los conductistas, de todas maneras, “...exageran un poco su caso...” (Russell, 1921, pp. 29). No obstante, les concedió cierta razón, arguyendo que ningún conocimiento al que podamos acceder por medio de la introspección podría estar realmente muy lejos de cuanto es asequible por los métodos propios de la observación natural. Pero la perspectiva cambia radicalmente cuando se considera que la conducta animal se halla gobernada por propósitos, es decir, guiada por el imperativo de conseguir lo que se desea. Cuando los humanos encuentran escollos que dificultan la aproximación a sus fines, siempre tienen la opción de cambiar estrategias o caminos para llegar a donde se proponen. Pero a la materia inerte le corresponde una dinámica distinta. Ésta se desplaza movida ciegamente por la fuerza de su propio peso, como si fuera una roca que baja rodando velozmente desde la cima de una montaña, ejemplo esbozado por Russell. Sin embargo, a diferencia de los seres vivos, los objetos no corrigen voluntariamente su descenso si encuentran obstáculos inesperados en su camino. En esto radica la diferencia esencial de lo inanimado con respecto al comportamiento de los seres

vivos. Basado en esas consideraciones, Russell consintió en que los deseos, al igual que el conocimiento, constituyen fenómenos observables, al menos en una cierta forma. El descubrimiento de nuestros propios motivos se realiza mediante el mismo proceso a través del cual se descubre el de otras personas. Y este proceso es simplemente la observación de nuestras acciones y la consecuente inferencia que hacemos acerca del deseo que podría estar como inicio y fundamento de las mismas.

La recurrencia al deseo como un elemento explicativo para las acciones humanas podía considerarse una conveniente ficción que resulta útil para describir ciertas leyes básicas del comportamiento. La consideración de los deseos que podemos llamar “inconscientes” guarda una conexión estrecha y directa con el psicoanálisis de comienzos del siglo XX. Y en lo que concierne a Sigmund Freud y sus seguidores, Russell consideró que ellos habían demostrado, más allá de toda disputa, la importancia que poseen los deseos inconscientes como determinantes de nuestras acciones y creencias. Aunque hayan sido relativamente parcos en explicar lo que el deseo verdaderamente es. En este punto, y siguiendo al médico inglés Bernard Hart (1879-1966; Hart, 1914), Russell creía que un deseo inconsciente era simplemente una ley causal para nuestro comportamiento. Es decir que a nivel comportamental nos mostramos activos e inquietos hasta que se produce un determinado estado de cosas, y es en esa circunstancia en particular cuando se alcanza un cierto equilibrio, el cual tiene una duración temporal limitada. Si se conoce de antemano cuál es el estado de cosas buscado, es decir a lo que el individuo quiere llegar, entonces el deseo es consciente. Cuando no ocurre así y se ignora lo que va a acontecer, es

inconsciente. Russell (1921) insistió en que el deseo inconsciente no es algo que realmente exista en el modo escondido, independiente y arcano sugerido por Freud, es decir como algo con una existencia autónoma, sino que se trata simplemente de una tendencia hacia un comportamiento determinado. Asimismo, el motivo de que nuestros deseos sean inconscientes no estriba necesariamente en la acción de la represión freudiana, sino que todos los deseos son siempre inconscientes y sólo son conocidos cuando se hacen notar activamente.

Esta concepción del deseo resulta importante para este contexto de discusión porque Russell consideraba que era congruente con las ideas que Watson había expuesto en un artículo titulado *La psicología del cumplimiento de los deseos* (Watson, 1916b), y que además podía verse como un apoyo a su propia teoría del deseo. En ese artículo, Watson afirmaba que no creía en un reino de lo inconsciente, e incluso ponía en entredicho la realidad de la conciencia. En contrapartida, pensaba que la acción de un grupo de hábitos puede arrastrar a otro conjunto de hábitos o de instintos, y que, dentro de nuestro sistema ordinario de hábitos, algunos entre ellos tienen la posibilidad de inhibir o sofocar a aquéllos otros o a tendencias instintivas que pertenecen a nuestro pasado. De ahí que estos impulsos frustrados deberían verse como la base biológica de un deseo incumplido, que era el nivel al que Watson intentaba mantener su análisis, como lo manifestó explícitamente en su trabajo (Watson, 1916b). No había razón entonces para suponer que cuando existan algunos deseos reprimidos, éstos deban encontrarse por fuerza reprimidos en el inconsciente. Como corolario de la discusión, Russell sintetizaba su aproximación de esta

forma:

Uno de los méritos del análisis general de la mente del que nos ocuparemos en las siguientes conferencias es que quita la atmósfera de misterio de los fenómenos sacados a la luz por los psicoanalistas. El misterio es delicioso, pero no científico, ya que depende de la ignorancia. El hombre se ha desarrollado a partir de los animales, y no hay una brecha seria entre él y la ameba. Algo cercanamente análogo al conocimiento y el deseo, en cuanto a sus efectos sobre el comportamiento, existe entre los animales, aun cuando lo que llamamos "conciencia" sea difícil de creer; algo igualmente análogo existe en nosotros en los casos en que ningún rastro de "conciencia" puede ser encontrado. Por lo tanto, es natural suponer que, cualquiera que pueda ser la definición correcta de "conciencia", la "conciencia" no es la esencia de la vida o de la mente (Russell, 1921, pp. 40).

Las concordancias de Russell con el conductismo se fueron atenuando en los años posteriores, aunque muchos puntos de acuerdo con los principios básicos permanecieron invariables. En su obra *Philosophy* (Russell,

1927) hizo menciones repetidas a Watson, explicando su coincidencia con muchos aspectos de la teoría, como la explicación sobre el mecanismo de adquisición del lenguaje y los reparos sobre la existencia de la conciencia. Pero ya dejaba lugar a algunas discrepancias, como en la suposición de Watson de que todo cuanto pueda ser indagado sobre el comportamiento humano es discernible únicamente por el método de la observación externa, y que nada de nuestro conocimiento se fundamenta, esencial y necesariamente, sobre datos en los que el observador y el observado sean la misma persona. Russell (1927) disenta con esta suposición, aunque concedió que revestía algo de verdad. Asimismo, se mostró distante de la idea de Watson de que el principio de las *reacciones aprendidas* resultaba suficiente para dar cuenta de todos los aprendizajes animales y humanos. En *Mi desarrollo filosófico*, Russell (1959) discutió las nociones mecanicistas de Watson y criticó el dogmatismo del filósofo británico Gilbert Ryle (1900-1976) por rechazarlas (Ryle, 1949). Lo cierto es que el panorama resulta más complejo de lo que aparenta. Por eso, evaluar en pocos renglones las cercanías y los disensos de Russell con el conductismo no es asunto fácil de lograr, por más que las primeras hayan sido de mayor abundancia que los segundos. En modo alguno las interconexiones que se forjaron entre los dos autores estudiados podrían juzgarse al todo o nada, como una aceptación o rechazo total y sin considerar una amplia gama de matices. De una forma u otra, aunque Russell no pueda ser cabalmente calificado como un conductista doctrinario en todos los sentidos posibles del término, resulta indudable que las convergencias que mantuvo con esta escuela fundamental de la psicología lo hicieron algo

más que un aliado circunstancial.

Conclusión

Entre los autores que ejercieron una mayor y más extendida influencia en el siglo XX, el nombre del filósofo inglés Bertrand Russell sobresale como uno de los más notables y renombrados. Russell se ocupó de cuestiones enmarcadas en muy diversas ramas del conocimiento, desde la filosofía y la lógica hasta los problemas sociales y las cuestiones morales y políticas. También incursionó en la creación literaria, con suficiente talento y brillo como para obtener un Premio Nobel de Literatura en 1950. Los asuntos relacionados a la psicología tampoco le fueron indiferentes. Escribió varios libros a mitad de camino entre la teoría del conocimiento y las indagaciones de corte psicológico. Sus inclinaciones y preferencias siempre se encontraron más cercanas a aquéllos modelos teóricos en los que la metodología objetiva era la norma prevaleciente y se mostró más distante y crítico de otros que no reúnen plenamente esas características. Entre los primeros, Russell se sintió especialmente atraído por el conductismo, en los años en que la actitud revolucionaria de Watson aún se encontraba en los tramos iniciales de su consolidación. En este artículo hemos enfocado las ideas de Russell sobre varios aspectos de la teoría del conductismo que fueron expresadas en su libro *El análisis de la mente* (Russell, 1921). A poco más de un siglo de su publicación, evaluamos los elementos principales que su autor consideró más destacables en el enfoque watsoniano, sobre todo atendiendo a la lectura singular que hizo de los mismos. Esta obra, así como las de otros académicos de la época que fueron autores de libros y ensayos sobre

los principios del conductismo, significaron una importante contribución en un tiempo en que aun había esperar una lenta y paulatina consolidación de la, por entonces, novedosa orientación psicológica.

Russell, sin embargo, no se limitó a ocupar el rol de un simple difusor o propagandista. Expuso sus propias y personales nociones sobre la conciencia, diseccionó los diversos usos dados a este concepto y resaltó sus inadecuaciones, lo mismo que a varios otros constructos, y encontró coincidencias destacables entre sus puntos de vista respecto a fenómenos psicológicos como el deseo y las ideas particulares que Watson había mantenido al respecto. Fue un crítico filoso y lúcido cuando tuvo que serlo. La influencia del libro de Russell en la historia del conductismo en particular, y de la psicología en general, se ha vuelto un punto de referencia tradicional,

especialmente cuando se menciona que B. F. Skinner lo descubrió como una de las vías principales que guiaron su propia aproximación a este modelo psicológico durante sus años juveniles. Por todo ello, es importante y necesario rescatar el libro de Russell del olvido en que se encuentra. Pero más que un simple ejercicio intelectual que discorra en buscar identidades y conexiones entre ideas y autores, el estudio de la presentación que hizo Russell sobre el conductismo demuestra la pertinencia de buscar las fuentes y la evolución de los conceptos en el intrincado proceso de formación de la disciplina. De esta manera, es posible constituir un espacio y un margen preciso para entender en profundidad los procesos de asimilación de ideas y teorías en el amplio y diverso contexto histórico en que surgen para modelar y sustentar la identidad de la psicología.

Referencias

- Angell, J. R. (1913). Behavior as a category of psychology. *The Psychological Review*, 20(4), 255-270.
- Bechterew, W. (1913). *La psychologie objective*. París: Librairie Félix Alcan.
- Benjamin, L. T., Jr. (2006). *A history of psychology in letters*. Malden: Blackwell, Segunda Edición.
- Boakes, R. A. (1989). *Historia de la psicología animal: De Darwin al conductismo*. Madrid: Alianza (edición inglesa original: 1984).
- Brentano, F. (1874). *Psychologie von empirischen standpunkt*. Leipzig: Verlag von Duncker & Humblot.
- Brink, A. (1985). Death, depression and creativity: A psychological approach to Bertrand Russell. *Higher Education Quarterly*, 39(4), 310-327.
- Brown, H. C. (1946). A logician in the field of Psychology. En P. A. Schilpp (Ed.), *The Philosophy of Bertrand Russell* (pp. 445-473). New York: Tudor Publishing Company, Segunda Edición.
- Buss, D. M. (2016). *Evolutionary Psychology. The new science of the mind*. New York: Routledge, Quinta

- Edición.
- Buzzi, A. E. (2013). Walter Bradford Cannon: Pionero y mártir de la Radiología. *Revista Argentina de Radiología*, 77(1), 63-70.
- Campos Roldán, M. (2005). Una reevaluación del conductismo radical. *Liberabit*, 11, 5-17.
- Demarest, J. (1987). Two comparative psychologies. En E. Tobach (Ed.), *Historical perspectives and the international status of comparative psychology* (pp. 127-155). Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Dewsbury, D. A. (1978). *Comparative animal behavior*. New York: McGraw-Hill.
- Dewsbury, D. A. (1984). *Comparative psychology in the twentieth century*. Stroudsburg, PA: Hutchinson Ross Publishing Co.
- Dewsbury, D. A. (1992). Comparative Psychology and Ethology: A reassessment. *American Psychologists*, 47(2), 208-215.
- Dewsbury, D. A. (2013). John B. Watson's early work and comparative psychology. *Revista Mexicana de Análisis de la Conducta*, 39(2), 10-33.
- Doddema-Winsemius, M. & De Raad, B. (1993). Factors in teacher's ratings of schoolchildren: Heyman's data reconstructed by modern standards. *European Journal of Personality*, 7(5), 283-298.
- Ferraris, M. (2016). A brief history of new realism. *Filozofija i društvo*, 27(3), 591-609.
- García, J. E. (2018). El marco de fondo para la Psicología Social y la Sociología entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. *Revista de Psicología (Arequipa, Universidad Católica San Pablo)*, 8(1), 107-128.
- Gergen, K. J. (1990). Metaphor, meta theory, and the social world. En D. E. Leary (Ed.), *Metaphors in the history of psychology* (pp. 267-299). Cambridge: Cambridge University Press.
- Greenspan, R. J. & Baars, B. J. (2005). Consciousness eclipsed: Jacques Loeb, Ivan P. Pavlov, and the rise of reductionistic biology after 1900. *Consciousness and Cognition*, 14(1), 219-230.
- Greenwood, J. D. (2009). *A conceptual history of psychology*. New York: McGraw-Hill.
- Hackenberg, T. D. (1995). Jacques Loeb, B. F Skinner, and the legacy of prediction and control. *The Behavior Analyst*, 18(2), 225-236.
- Hart, B. (1914). *The psychology of insanity*. Cambridge: Cambridge University Press, Segunda edición.
- Harzem, P. (2004). Behaviorism for new psychology: What was wrong with behaviorism and what is wrong with it now. *Behavior and Philosophy*, 32(1), 5-12.
- Hatfield, G. (2003). Behaviourism and psychology. In T. Baldwin (Ed.), *The Cambridge History of Philosophy 1870-1945* (pp. 640-648). Cambridge: Cambridge University Press.
- Heidbreder, E. (1933). *Seven psychologies*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Hergenhahn, B. R. & Henley, T. B. (2013). *An introduction to the History*

- of Psychology*. Boston: Cengage Learning, Séptima edición.
- Heymans, G. (1890). *Die Gesetze und Elemente des wissenschaftlichen Denkens*. Leiden: S. C. Van Doesburgh; Leipzig: Otto Harrassowitz.
- Hoffman, R. R. Cochran, E. L., & Nead, J. M. (1990). Cognitive metaphors in experimental psychology. En D. E. Leary (Ed.). *Metaphors in the history of psychology*. (pp. 173-229). Cambridge: Cambridge University Press.
- Horowitz, F. D. (1992). John B. Watson's legacy: Learning and Environment. *Developmental Psychology*, 28(3), 360-367.
- Hothersall, D. (1997). *Historia de la Psicología*. México: McGraw-Hill.
- Ingenieros, J. (1916). *Principios de Psicología*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso, Quinta Edición.
- James, W. (1904). Does “consciousness” exist? *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, 1(18), 477-491.
- Jara, J. P. (2014). *La filosofía de Bertrand Russell*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.
- Jennings, H. S. (1906). *Behavior of the lower organisms*. New York: The Columbia University Press.
- Kaufman, A. B.; Call, J. & Kaufman, J. C. (2021). *The Cambridge Handbook of Animal Cognition*. New York: Cambridge University Press.
- Kitchener, R. F. (2004). Bertrand Russell's flirtation with behaviorism. *Behavior and Philosophy*, 32(2), 273-291.
- Kirkpatrick, E. A. (1908). The part played by consciousness in mental operations. *The journal of philosophy psychology and scientific methods*, 5(16), 421-429.
- Laca-Arocena, F. A. (2011). Bertrand Russell: pacifismo político relativo. *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales*, 18(57), 129-144.
- Laguna, R. & Zurita, G. (2018). Bertrand Russell y el pragmatismo. *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, 34, 159-176.
- Leahey, T. H. (2013). *Historia de la Psicología*. Madrid: Pearson Educación.
- Leary, D. E. (1990a) (Ed.). *Metaphors in the history of psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Leary, D. E. (1990b). Psyche's muse: the role of metaphor in the history of psychology. En D. E. Leary (Ed.). *Metaphors in the history of psychology*. (pp. 1-78). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lehner, P. H. (1996). *Handbook of ethological methods*. New York: Cambridge University Press, Segunda Edición.
- Le Senne, R. (1963). *Traité de Caractérologie*. París: Presses Universitaires de France, Séptima Edición (Publicación original: 1945).
- Loeb, J. (1900). *Comparative Physiology of the brain and Comparative Psychology*. New York: G. P. Putnam's Sons.
- Loeb, J. (1912). *The mechanistic conception of life: Biological essays*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Malone, J. C. (2014). Did John B. Watson really “found” behaviorism? *Behavior Analyst*, 37(1), 1-12.
- Marr, M. J. (2013). “It is not elementary, my dear Watson”: The strange legacy of the behaviorist manifesto. *Revista Mexicana de Análisis de la*

- Conducta*, 39(2), 34-47.
- Mayor Martínez, L. & Tortosa Gil, F. (2008). Psicología comparada y protoetología en las investigaciones del primer Watson (1903/1915). *Revista de Historia de la Psicología*, 29(2), 7-30.
- Mills, J. A. (1998). *Control: A history of behavioral psychology*. New York: New York University Press.
- Monk, R. (1996). *Bertrand Russell: The spirit of solitude, 1872-1921*. New York: The Free Press.
- Morgan, C. L. (1894). *An introduction to Comparative Psychology*. London: Walter Scott, Ltd.
- Murphy, G. (1949). *Historical introduction to modern psychology*. London: Routledge & Keagan Paul (Edición revisada).
- Paranjpe, A. C. (2006). From tradition through colonialism to globalization: Reflections on the history of psychology in India. En A. C. Brock (Ed.), *Internationalizing the history of psychology* (pp. 56-74). New York: New York University Press.
- Pavlov, I. P. (1928). *Lectures on conditioned reflexes*. London: Martin Lawrence Limited (2 volúmenes).
- Pavlov, I. P. (1973). *Actividad nerviosa superior*. Barcelona: Fontanella.
- Pérez Acosta, A. M.; Roza, J. A.; Baquero, H. T. (2003). Hitos de la perspectiva molar del condicionamiento clásico. *Psicología desde el Caribe*, 12, 1-12.
- Perkins, R. (2002). Bertrand Russell and preventive war. En A. Schwerin (Ed.), *Bertrand Russell on Nuclear war, peace, and language: Critical and historical essays* (pp. 3-13). Westport: Praeger.
- Perry, R. B. (1921). A behavioristic view of purpose. *The journal of Philosophy*, 18(4), 85-105).
- Pickren, W. E. & Rutherford, A. (2010). *A history of modern psychology in context*. Hoboken: Wiley.
- Ribes, E. (1995). John B. Watson: El conductismo y la fundación de una psicología científica. *Acta Comportamentalia*, 3(3), 66-78.
- Robinson, D. N. (1995). *An intellectual history of psychology*. Madison: University of Wisconsin Press, Tercera Edición.
- Russell, B. (1895). Review of G. Heymans, *Die Gesetze und Elemente des wissenschaftlichen Denkens*, *Mind*, 4(14), 245-249.
- Russell, B. (1896). *German Social Democracy*. London: Longmans, Green and Co.
- Russell, B. (1900). *A critical exposition of the philosophy of Leibniz with an appendix of leading passages*. Cambridge: At the University Press.
- Russell, B. (1910). *Philosophical essays*. London: Longmans, Green, and Co.
- Russell, B. (1921). *The analysis of mind*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1927). *Philosophy*. New York: Norton.
- Russell, B. (1928). *Sceptical essays*. London: George Allen & Unwin.
- Russell, B. (1947). *Historia de la filosofía occidental. I: La filosofía antigua. La filosofía católica*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Russell, B. (1948). *Human knowledge*. New York: Simon & Schuster.
- Russell, B. (1959). *My philosophical development*. New York: Simon and Schuster.

- Russell, B. (1968). *The art of philosophizing and other essays*. New York: Philosophical Library.
- Ryle, G. (1949). *The concept of mind*. London: Hutchinson House.
- Schultz, D. P. & Schultz, S. E. (2011). *A history of modern psychology*. Belmont: Wadsworth, Cengage Learning, Tenth Edition.
- Sirotkina, I. (2007). V. M. Bekhterev and the beginnings of experimental psychology in Russia. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(2/3), 315-320.
- Skinner, B. F. (1957). *Verbal behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts.
- Smith, G. P. (2000). Pavlov and integrative physiology. *American Journal of Physiology, Regulatory, Integrative and Comparative Physiology*, 279, R743–R755.
- Smith, L. D. (1990). Metaphors of knowledge and behavior in the behaviorist tradition. En D. E. Leary (Ed.). *Metaphors in the history of psychology*. (pp. 239-266). Cambridge: Cambridge University Press.
- Thomas, R. K. (1998). Lloyd Morgan's Canon. En G. Greenberg & M. M. Haraway (Eds.), *Comparative Psychology: A Handbook* (pp. 156-163). New York: Garland.
- Todd, J. T. & Morris, E. K. (1986). The early research of John B. Watson: Before the behavioral revolution. *The Behavior Analyst*, 9, 71–88. <https://doi.org/10.1007/BF03391931>
- Todes, D. (2014). *Ivan Pavlov: A Russian life in science*. New York: Oxford University Press.
- Tortosa, F. & Civera, C. (2006). *Historia de la Psicología*. Madrid: McGraw-Hill.
- Tortosa, F., Pérez Delgado, E. & Pérez Garrido, A. (1991). La nueva imagen de John Broadus Watson en la historiografía contemporánea. *Anuario de Psicología*, 51, 67-87.
- Watson, J. B. (1916a). The place of conditioned-reflex in psychology. *The Psychological Review*, 23(2), 89-116.
- Watson, J. B. (1916b). The psychology of wish fulfilment. *Scientific Monthly*, 3, 479-487.
- Wight, R. D. (1993). The Pavlov-Yerkes connection: What was its origin? *The Psychological Record*, 43(3), 351-360.
- Wight, R. D. & Smith, K. A. (1998). Making place for a comparative scientist: Robert Mearns Yerkes at Harvard, 1902-1917. *International Journal of Comparative Psychology*, 11(3), 133-143.
- Wynne, C. D. L. & Udell, M. A. R. (2013). *Animal cognition: Evolution, behavior and cognition*. New York: Palgrave Macmillan (Segunda edición).
- Yerkes, R. M. & Morgulis, S. (1909). The method of Pawlow in animal psychology. *Psychological Bulletin*, 6(8), 257-273.
- Yerkes, R. M. & Watson, J. B. (1911). Methods of studying vision in animals. *Behavior Monographs*, 1(2), 1-90.